

CRÓNICA *de la parroquia*

CALDERÓN



Cronistas de Llano Grande:

Carmen Cruz, Carmen Suquillo, Cecibel Navas, Cecilia Sanguña, Diana Ponce, Francisco Loachamín, Jessica Tasintuña, Lucrecia Tituaña, María Belén Loachamín, María Quinatoa, Mónica Simbaña, Nelly Guamán, Silvia Guachamín

Cronistas de San Juan de Calderón:

Edgar Quisilema, Emilio Shugulí, María del Carmen Carvajal, Mauricio Ushiña, Roberto Velasteguí, Rolando Shugulí, Víctor Gualoto

Cronistas de Carapungo:

Geovanny Cevallos, Ricardo Aguirre, Rosa Mosquera.

Equipo gestor:

Natalia Dávila Salguero, María Fernanda Buendía, Lucía Yáñez.

Diciembre de 2022

RESUMEN

Calderón es el gran espacio en donde la diversidad étnica, social, cultural, intergeneracional, se ha hecho presente; y esta condición nos ha llevado a tratar de incluir una mayor diversidad de voces en esta crónica. Es por eso que presentamos a continuación las breves historias de San Juan de Calderón, un barrio consolidado hacia mediados del siglo XX, con una población indígena y mestiza; Llano Grande, territorio ancestral descendiente de los Quitu Caras; y Carapungo, barrio novísimo conformado en los años 80 y centro de acogida de la gran migración del país a Quito.

Conscientes de la limitación del marco de este documento, por su extensión, presentamos unas historias que podrán empezar a acercarnos a la riqueza y dimensión de este gran territorio denominado Calderón.

Esta crónica está escrita a partir de los testimonios de un grupo de habitantes de la parroquia, presentando *otras* narrativas que constituyen también la memoria sociocultural de este territorio.

Palabras clave: Diversidad cultural, ancestralidad, migración, interculturalidad.



Crónicas de Llano Grande, Carapungo y San Juan de Calderón

Previo a la colonización, y hasta inicios del siglo XX, el territorio que actualmente constituye la parroquia de Calderón era llamado *Carapungo*, palabra derivada del kichwa conformada por los términos *Kara* y *Pungo*. El significado de esta palabra aún no está claro, sin embargo, las investigaciones históricas han posicionado dos posibles traducciones: “Puerta o entrada del pueblo Quitu-Kara” y “Puerta de Cuero”, por la antigua costumbre de utilizar el cuero para elaborar las puertas de las casas (GAD Parroquial, Calderón, 2019).

En 1897, con la separación de Carapungo de la parroquia de Zámiza, este territorio adopta el nombre de Calderón en honor al héroe independentista Abdón Calderón. Por la escasez de fuentes de agua¹ por mucho tiempo la población de Calderón fue reducida.

El historiador Manuel Espinoza Apolo señala que “es probable que el caserío de Carapungo (hoy Calderón) surgió como un espacio territorial libre, marginal del sistema de haciendas que se establecieron en la zona desde el siglo XVIII”. Desde esta interpretación se deduce que el pueblo de Carapungo es el resultado de la confluencia de familias provenientes de lugares cercanos, como Zámiza, Pomasqui y Guayllabamba (DMQ, 2012). Este territorio está atravesado por la vertiginosa expansión urbana que inició en la década de los 90 y que se aceleró a inicios de este siglo, posicionándose como área preferencial en la búsqueda de alternativas de vivienda propia (Guerrero Miranda, 2010).

¹ En la memoria persiste la imagen de los aguateros indios, con sus maltas o pundos a la espalda, acarreando el agua desde el pogyo de Umayacu y la quebrada Guevara, hacia el centro parroquial, en donde se la vendía.

Estos antecedentes convierten a Calderón en un lugar que refleja la diversidad y multiculturalidad del país. En la parroquia conviven diferentes microculturas, en la que la autoidentificación mestiza es la mayoritaria; mientras que familias de Oyacoto, Santa Ana, La Capilla se autodefinen como Caras. Por su parte, los pobladores de las comunas de San Miguel del Común, Tushumbuy, Collas, Chinguiltina, Tajamar, La Capilla, Churolooma, Landázuri y Llano Grande se reconocen como descendientes del pueblo Quito Cara. La población afroecuatoriana se encuentra radicada mayoritariamente en Calderón, en los barrios Zavala, La Bota, y Carapungo (DMQ, 2012).

Llano grande: el matrimonio tradicional

Los matrimonios tradicionales de Llano Grande fueron una costumbre que se practicaba hasta fines de los años 70. Después de eso, se fue dejando de hacer porque mucha gente migró fuera de la parroquia y se fueron a vivir a la ciudad. Esta migración se dio por la falta de servicios básicos para la comunidad, como el transporte. Otra razón para la pérdida de esta tradición es el fallecimiento de los mayores de la comunidad, ya que con ellos “mueren” la historia y las tradiciones. Sucede también que muchas veces los hijos ya no desean heredar esas prácticas, y ahí se pierden, porque no se puede hacer una transmisión intergeneracional.

La fiesta empezaba tiempo antes, de hecho, desde el enamoramiento pues sin eso no había matrimonio. Aunque a veces, sí. Sin embargo, este primer paso era deseable. Así que lo primero que sucedía era el enamoramiento, que comenzaba en los ríos de las quebradas, a donde bajaban los jóvenes.

Bueno, antes ya les echaban el ojo a las guambras que les gustaban, pero en el río se concretaba. Cuando estaban allí, el muchacho escondía una prenda a la joven que deseaba enamorar, y repetía esta especie de ritual hasta que ella le aceptaba. Una vez que los dos se confesaban este amor, lo

avisaban a los padres. Era así cómo funcionaba en antaño: si a los papás del muchacho les caía bien la joven, entonces era bien recibida; cuando no, la joven tenía que empeñarse para conquistar el corazón de la familia del muchacho.

El siguiente momento era la pedida de mano, que se hacía en casa de los padres de la joven. El muchacho debía llegar con su canasta de “mediano”, es decir, una canasta llena de alimentos, con una malta de chicha y una botella de trago. Era un presente para los padres de la joven con el que pedían su mano. Si el joven les caía bien, le recibían de buena manera; y en esa misma visita, los padres de las dos partes se ponían de acuerdo y definían la fecha del matrimonio. Siempre se celebraba primero el matrimonio civil y luego el eclesiástico. Sucedió el mismo día, pero sucedía en ese orden.

No siempre era tan fácil y, en ocasiones, las suegras ponían “pruebas” a sus futuras nueras. Una de esas solía ser la pelada de papas. La muchacha debía pelar bien delgadito las papas, porque si no le decían que era “carishina”. También se hacía la prueba de moler el morocho en la piedra de moler y luego preparar morocho de sal y de dulce. A veces la futura nuera lo lograba, y cuando no, pues el proceso de agradar a la suegra demoraba más, o nunca llegaba a darse.

Seguido a esto, madres y padres de los novios escogían a los padrinos y, para pedirles que lo sean, llegaban a la casa de estas personas con un mediano. Los padrinos eran muy importantes, ya que daban consejos cuando se hacía el *masalla*, vestimenta para los novios, y debían ser una guía y compañía para sus ahijados a lo largo de su vida.

Luego, para empezar a preparar la fiesta, se pedía jocha a las personas conocidas, que podían ser familiares, amigos, vecinos. La jocha es una contribución que se pide y que debe ser devuelta en el futuro, cuando la persona que da la jocha lo solicite. Esto se hacía porque no había dinero para organizar una fiesta tan grande como un matrimonio. Era la costumbre dentro de la comunidad y se iba de casa en casa pidiendo. Entonces pedían que hagan jocha de chicha, mote, papas, huevos, gallinas.

Finalmente, llegaba la fiesta, la que se desarrollaba a lo largo de días y con varios rituales. El sábado se hacía la primera fiesta, en la casa de la novia. Ese día se entregaba un mediano a los padrinos. Desde ese día hasta el domingo estaban presentes la banda y el pijanero, quien tocaba el pingullo y el tambor.

El domingo, la fiesta se hacía en la casa del novio. Primero se celebraba el *quiruaysana* que es el amarre de los novios. A cada uno de ellos, al novio y a la novia, se les amarraba con *chumbis* (fajas). Dos tías sujetaban la faja del novio por su espalda; lo mismo se hacía con la novia y su faja era sujeta por dos tíos. Luego, se hacía la carrera “a la ganada”, desde la casa de la novia hasta casa del novio, con personas sujetando los chumbis desde atrás. Ayudando. El novio debía ir por el camino largo y la novia corría por el camino más corto. Quien llegaba segundo perdía y le tocaba tomar unos cuantos pilches de chicha.

Ya en la casa del novio, se hacía la *misamanta*, una tela que partía de una mesa y se extendía para colocar el mote con cáscara y otras comidas. A la cabecera de la mesa estaban los novios y abajo los padrinos; alrededor se ubicaban las personas que acompañaban.

Luego de eso, la nuera daba el *hachun* a la suegra. El hachun era una colada de maíz con arroz que se colocaba en un pondo de barro, el cual debía llevarlo cargado la nuera con ayuda de familiares y amigos. Lo deseable era que la suegra lo recibiera bien, pero en ocasiones, la nuera no era del gusto de la suegra, quien al recibir el pondo, lo rompía. Este día nuevamente se entrega un mediano a los padrinos.

El domingo por la noche se hacía el *masalla*, tocando tambor y pingullo. La familia llevaba velas alrededor del espacio, formando un círculo alrededor de los novios en el medio. En la masalla el padrino aconsejaba a la novia y al novio. Una vez terminada la música de la masalla, esta vez con la banda, los padrinos llevaban a acostar a los novios a la cama, con lo que terminaba la celebración del domingo. Al día siguiente, los padrinos debían llegar a levantar a los

novios, es decir que los novios debían permanecer en la cama hasta que llegaran a levantarles. Pero si el padrino llegaba y les encontraba levantados, los papás de los novios —ahora esposos— les castigaban a los padrinos diciendo que habían “descuidado” a los novios.

Luego del festejado domingo, la celebración seguía el lunes. Ese día se iba a la casa de los padrinos que brindaban un chocolate, y preparaban una gran comilona con los medianos que habían recibido el día sábado y domingo. Sobra decir que la fiesta continuaba uno o dos días más, dependiendo de la cantidad de chicha que quedara, porque había que terminarse la chicha.

También estaban los invitados quienes aportaban dando plata a los padres de los novios, a eso se le llamaba *charichina*, y cuando llegaban a la casa de los novios, se hacía el “ajuste”. Esto era el agradecimiento que se hacía por el aporte, entonces se les ajustaba con comida, con grandes platos de barro llenos de carne, queso, huevos y un pilche de chicha.

Parte importante de los elementos del matrimonio era la vestimenta realizada por tíos y tías (personas mayores de la comunidad). Ellos solían bordar el anaco y la camisa, los chumbis y el capisayo. Los padrinos solían dar la vestimenta a los novios y a los papás; tanto el vestido para el día del matrimonio como para el día siguiente.

La vestimenta de la novia constaba de camisa larga, hasta por debajo de las rodillas, y era bordada; anaco azul o verde oscuro de paño con bordados; debajero; *mama chumbi* (faja gruesa); *guagua chumbi* (faja delgada); *lishta*, especie de pañolón grande para cubrir la cabeza; collares de coral rojo con monedas de plata; y aretes de plata.

Los bordados: de las vestimentas de las novias, a nuestra vestimenta cotidiana

De estos bordados visibles en las vestimentas de las novias, pero también en la ropa utilizada cotidianamente,

hablaremos un poco más. En la actualidad, Llano Grande cuenta con un grupo de bordadoras que revitalizan la vestimenta tradicional de esta parroquia. Hasta hace pocos años, habiendo estado en riesgo de desaparecer, la vestimenta de Llano Grande era bastante desconocida a pesar de ser una de las vestimentas indígenas propias de las comunidades ancestrales de estos territorios. A partir del impulso promovido por una familia, desde el 2015 se retomó el bordado característico de esta vestimenta y se inició un proceso de formación en este oficio para todas las personas interesadas en aprender, ya sea por distracción o por el deseo de mantener vigente una tradición en la vestimenta.

De la familia Simbaña, dos hermanos que viven en Madrid organizaron unos talleres de bordado con mujeres que habían migrado desde aquí. Ellos, al trabajar en el Museo del Traje de Madrid, establecieron una alianza para iniciar esta actividad, con lo que fue allá donde se inició este proceso. Luego ya se lo estableció acá, cuando la compañera presidenta del cabildo, en el año 2016, abrió un taller de bordado junto con Mónica Simbaña, al cual ingresaron 25 mujeres. Luego terminó el cabildo de la compañera, pero Mónica decidió continuar y desde allí ha llevado adelante este trabajo de enseñar el bordado y revitalizar la vestimenta tradicional de Llano Grande.

Muchas de las mujeres que son parte de los talleres, llegaron sin ningún conocimiento en el bordado, sin embargo, aprendieron y ahora ya se han vuelto expertas en bordar camisas, y en realizar todo tipo de trabajos para adornar bolsos, adornos, tapetes y demás.

Los motivos que bordan refieren a su territorio y a lo heredado de sus mayores. Bordan flores de papa porque era uno de sus alimentos básicos. Para las bordadoras, representar esa imagen refiere al respeto a la memoria de sus abuelos y abuelas, del campo, del alimento que siempre estuvo presente. También bordan colibríes, no solamente porque es la marca de su organización —Kinti—, sino porque se tiene la creencia de que, cuando un colibrí llega a una

casa, se trata de un abuelo que llega a visitar y decir que se encuentra bien. Son buen augurio.

Vestimenta tradicional de Llano Grande



Fundación Quito Eterno, doña Carmen Suquillo con la vestimenta tradicional.
Llano Grande, 2022.

Las camisas, como ellas llaman a las blusas largas usadas por las mujeres, están formadas por ocho piezas: dos hombreras, dos mangas, cuatro pechos. Hacer estas blusas, desde su confección, su bordado, y luego compartir este conocimiento, es lo que las motiva a continuar; ya hay grupos de jóvenes que se han interesado por el bordado al

darse cuenta de que, con ese oficio, pueden elaborar sus propias vestimentas. Ha sido una buena motivación para jóvenes que participan en grupos de danza y que antes alquilaban sus trajes, pero que, luego de aprender el oficio, ya los elaboran ellos mismos. Esta es la manera en la que promueven que la vestimenta tradicional continúe vigente, a través de procesos formativos, de la motivación de que contiene la memoria de los mayores de la comunidad, de ser la posibilidad de generar ingresos económicos, y —lo más importante— ser parte de un grupo que se apoya, se acompaña, en donde aprenden juntas y son motores de avance para su comunidad.



Cronistas Participantes

Carmen Cruz, Carmen Suquillo, Cecibel Navas, Cecilia Sanguña, Diana Ponce, Jessica Tasintuña, Lucrecia Tituaña, María Belén Loachamín, María Quinatoa, Mónica Simbaña, Nelly Guamán, Silvia Guachamín: Habitantes de Llano grande y bordadoras.

Francisco Loachamín: Habitante de Llano Grande.

Carapungo: La diversidad está en la fiesta

Carapungo se fundó a raíz de las 10 000 casas que se hicieron y entregaron durante la presidencia de León Febres Cordero (1984-1988). El plan “Pan, techo y empleo” fue la posibilidad para miles de migrantes de todo el país de conseguir una vivienda propia. Es así como Carapungo empezó a poblarse de manera acelerada, sobre todo a partir de la década de los 90. Antes de eso, contaba con población indígena huasipunguera, que trabajaba en las haciendas que se extendían en el territorio actualmente comprendido como la parroquia de Calderón.

Para la década de los 80, y con el proyecto de vivienda, empezaron a llegar personas de todas las provincias del país. Para la gente que ya residía en la zona, fue un cambio abrupto cuando dejó de ser un lugar en el que no había calles, ni luz, no había iglesia. Es decir, Carapungo apenas empezaba a poblar sus desérticas lomas con casas, las cuales en cuestión de décadas se convertirían en una gran mancha urbana que no detiene su expansión.

Aunque en 1894 se construyó la primera etapa, recién el 18 de noviembre de 1986 se hizo la entrega simbólica de la primera casa. Es por eso que las fiestas de Carapungo se celebran en esa fecha.

A pesar de tratarse de un territorio poblado de manera reciente, éste ya cuenta con una diversidad poblacional que representa a todas las regiones del país. Los cronistas cuentan que hay habitantes de Manabí, Esmeraldas, Loja, Sierra Centro, Amazonía, Sierra Norte; es decir, una muestra de todo el país y cada grupo con sus particularidades y dinámicas establecidas.

A diferencia de lo que puede pensarse, esta diversidad puede convertirse en su gran fortaleza, ya que se trata de la posibilidad de generar intercambios culturales de gran potencia, pero siendo una población que recién empieza a tener raíces carapungueñas; es decir, personas que ya han nacido ahí y no han llegado por temas de migración, ya han logrado encontrar un punto de convergencia: su fiesta.

La fiesta del 18 de noviembre

Esta fiesta mencionada anteriormente, que es celebrada el 18 de noviembre de cada año, se ha convertido en la coyuntura de encuentro para la diversidad de culturas que allí se encuentran. Esta celebración, que es organizada por el Comité Central Pro Mejoras de Carapungo, empieza con el Desfile de Confraternidad, que es la actividad más característica, ya que allí se puede ver desde el folclor andino hasta la cumbia colombiana.

El desfile es financiado por las organizaciones que participan, pero también cuenta con apoyo de la Junta Parroquial, quienes, junto al Comité, gestionan auspicios y buscan apoyos. La comunidad también da sus auspicios, a veces con comida, o con equipos que se necesiten para la fiesta, como por ejemplo carpas. Son más de 50 organizaciones que desfilan entre colegios, grupos de danza, grupos deportivos, cheerleaders, bikers. El desfile inicia en la calle principal y termina en el estadio, y va desde las 8 am hasta 2 pm.

Son parte de la fiesta también las ferias de comida, luego viene el pregón y la elección de la reina, que suele cerrar con baile popular. También se realizan campeonatos deportivos.

Cronistas Participantes

Geovanny Cevallos, Ricardo Aguirre, Rosa Mosquera:
Habitantes de Carapungo.



San Juan de Calderón: conectando familias a través de los tiempos

Nosotros, habitantes antiguos de San Juan de Calderón, les invitamos a compartir una parte de nuestra historia. Sabemos que es necesario mirar el pasado y conocer de dónde venimos para entender nuestro presente y futuro. Hablemos más allá de Calderón como centro parroquial, hablemos de Calderón a partir de uno de sus barrios más grandes, como es San Juan de Calderón. Aquí tenemos nuestra historia, costumbres y tradiciones, y nuestras propias dinámicas de desarrollo.

San Juan, en su origen, está compuesto por familias originarias del pueblo Quito Cara, nunca nos sumamos al incario y teníamos nuestro propio idioma, que era el chachipano², muestra de esto son los nombres con los que se denominan a ciertos lugares cercanos como Pomasqui, Pusuquí, Chinguiltina. Justamente, en la antigüedad, el territorio donde nos encontramos era conocido como *Chinguiltina*, que era un tipo de maíz cuyos granos tienen uniformidad y que era la variedad que se producía y produce hasta la actualidad en el sector. Aquí todavía podemos rastrear a las familias antiguas de este lugar por medio de nuestros apellidos; algunos de esos son: Ushiña, Gualoto, Guañuna, Quisilema, Shugulí, Simbaña, Lluglluna, Montas y Farinango.

En la época de la colonia, el territorio fue tomado por los hacendados, y en la República también perteneció a grupos

² Alfredo Costales, investigador, etnólogo y antropólogo, en sus investigaciones planteó que en la época prehispánica, los Quitus hablaban la lengua "shillipanu", que derivó en "chachipano".

con poder económico y político; en ese tiempo, el sector estuvo dividido en tres grandes haciendas: Tajamar³, la hacienda de Elena Enríquez⁴ y la hacienda de la Comunidad Oblata. A lo largo de los siglos, en esos espacios, hubo racismo y explotación. A los habitantes de aquí nos tenían como peones y huasicamas⁵, y el huasipungo⁶ nos tenía imposibilitados de acceder verdaderamente a la tierra. La Reforma Agraria⁷ de 1964 permitió que nuestros abuelos tuvieran sus terrenos y que se conformara este espacio que es San Juan.

Las nuevas familias y la articulación en torno a las fiestas

Ya para ese tiempo, San Juan era un pequeño pueblito con una calle principal donde había unas pocas casas hechas de barro con techo de paja. Éramos una población eminentemente dedicada a la agricultura y al pastoreo de chivos y borregos; aunque también otras personas trabajaban de albañiles en la ciudad. Desde estos primeros tiempos, ya teníamos nuestras fiestas que eran amenizadas con arpa, hoja de capulí, violín y guitarra. Con el paso del tiempo, fueron llegando familias nuevas con apellidos como Puebla, Almeida, Molina, Jiménez, Carvajal, Encalada,

3 La Hacienda Tajamar perteneció a Marietta de Veintemilla, mujer relevante en la política del Ecuador de fines del siglo XIX e inicios del XX. Posteriormente fue adquirida por la familia Romoleroux.

4 Habitante de Pomasquí y heredera de la Hacienda Bellavista perteneciente a su familia Enríquez Espinoza. Al llegar la Comunidad Oblata al sector, entregó parte de la hacienda para la construcción del centro educativo que hoy en día lleva su nombre: "Unidad Educativa Elena Enríquez".

5 Indígenas a cargo de la limpieza de las casas en las haciendas.

6 Era un espacio de tierra, una parcela, que entregaban los hacendados a los indígenas para ser cultivada y trabajada, sin recibir compensación económica o recibiendo valores insignificantes. En aquella parcela, los indígenas, solían construir sus pequeñas chozas para vivir. La producción de aquel trabajo era propiedad del hacendado.

7 La Ley de Reforma Agraria y Colonización fue aprobada en 1964 y estableció una serie de políticas para desconcentrar las tierras de manos de los terratenientes, así como las administradas por IERAC (Instituto de Reforma Agraria y Colonización), a través de las que se adjudicaron tierras a los campesinos más pobres.

Gonzáles, Cabezas, Jaramillo, López, Velasteguí, Paredes, Tufiño, Aguirre.

Evidentemente había una separación entre las familias antiguas y las recién llegadas, por lo que la Iglesia tuvo un rol importante al aglutinarnos como comunidad en torno a la Fiesta de los Santos, celebrada el 24 de junio en honor a San Juan. Ahí también se conjugaron las tradiciones nativas con el ritual religioso, lo mismo sucedió en el resto de fiestas como las de María en el mes de mayo y en Navidad.

Las fiestas celebradas

Aquí hemos celebrado varias fiestas, algunas de las cuales se dejaron de hacer por los cambios en el barrio, pero que se están retomando. Ejemplo de eso es una celebración que nos impactó ver: el recibimiento de los Yumbos de Pomasqui en junio; con ellos antes llegaban también los santos *padres*, los *pingulleros* y los *monos*⁸. Antiguamente, cuando llegaban a nuestro barrio, entraban a las casas. Las familias antiguas les recibían con comida y chicha; y cuando no, los monos se iban a recoger zambos, maíz o lo que encontraban para dar de comer a los yumbos. Los abuelitos cuentan que una vez hasta se llevaron un chivo. Esta es una costumbre simbólica que muestra la reciprocidad, porque ellos iban a danzar por nuestros santos y nosotros agradecíamos con la comida que les dábamos.

Otra fiesta era la del Mes de María (mayo) en la que sólo se le nombraba prioste a la gente soltera porque se decía que “les va a hacer el milagrito”, y eso se cumplía porque pasaba la fiesta y los que habían sido priostes se casaban. La fiesta duraba sábado y domingo, y el lunes se brindaba el “calentado”, que era una continuación de la fiesta, y se desarrollaba así:

Lunes, a las siete de la mañana sonaba el primer volador, que era el llamado del prioste. Ahí nos daban chicha y caldo

⁸ Personajes y músicos de la fiesta popular.

recalentado de lo que había sobrado de la fiesta. A veces, si llegaba más gente, el prioste cocinaba de nuevo: cogía dos gallinas y ponía a cocinar. A veces duraba hasta 3 o 4 de la tarde, si ya se quedaban, volvía a tocar la banda. Y la gente que regresaba del trabajo se unían a bailar de nuevo.

El martes era otra fiesta. Y el miércoles tocaba ir a lavar las ollas. Ese día había un juego entre las cocineras:

“Mi mamá sabía llegar a la casa cargada de la cabeza, patas, manos. Venía con el mondongo. Parece que la dueña de casa les daba cinco partes del chivo o borrego a cada una, y si se descuidaban, la que era más pilas le quitaba y era para ella. Yo me acuerdo que mi mamá venía agarrado bastante porque era buena para robar. Llegaba picadita y llegaba tiznada⁹ la cara y las piernas” (Quisilema, 2022).

Carnaval era otra celebración hermosa, aunque brusca. Los muchachos nos reuníamos y agarrábamos baldes con agua, y estábamos pendientes porque a la persona que encontrábamos, le bañábamos. ¡Hasta nos metíamos a las casas! Como no había agua potable, y toda el agua que teníamos era por abastecimiento de tanqueros, entonces entrábamos a robar el agua que tenían guardada en las casas, llenábamos los baldes y con eso mojábamos a cualquiera que encontrábamos. ¡Hasta nos revolcábamos en la tierra! De casa en casa íbamos subiendo, golpeando cada puerta para mojarles porque “encontrar a alguien seco, era pecado”, como decimos aquí. Jugábamos así hasta hace unos 25 años, y lo retomamos hace unos 8 años. Inclusive llegamos a hacer un desfile, tal como se hace en Amaguaña, pero por diferencias con el objetivo del evento dejamos de hacerlo. Ahora hay tantas ordenanzas, que ya no se puede jugar, aunque todavía nos damos maneras para celebrar

⁹ Pintados los rostros con hollín de la tullpa o del horno de leña.

como antes, con agua, con harina, con lo que hubiera; y a cualquier hora, así sean las diez de la noche, nos ponemos a jugar. ¡Carnavaleros de peso!

Otra fiesta es la de San Juan, nuestro santo patrono, que se celebra el 24 de junio. La fiesta empieza con la misa y una vez que termina, antes de salir de la iglesia, el padre pasa el priostazgo a los responsables para el siguiente año. Al salir, los priostes llevan al santo patrono de aquí por todo el parque y van acompañados de la banda. En las fiestas, cada participante tiene su rol, siendo uno de los principales el del prioste; y también hay elementos infaltables como son la banda de pueblo, los personajes como los capariches y payasos, los toros populares, la quema de chamiza, los castillos y los fuegos pirotécnicos.

La chamiza, que es la quema de ramas secas para formar el fuego en el centro de la fiesta, es muy importante. Para tener lista la chamiza, un mes antes de la fiesta, es decir desde mayo, los priostes convocaban a las familias, y a quienes quisieran ayudar, para ir a cortar chilcos por los sectores de arriba de San Juan. Entre todos hacíamos esta actividad y dejábamos secar a lo largo del mes. El sábado de vísperas subíamos en camiones para llevar las ramas, pero antes de que hubiera camiones, cargábamos en la espalda. Todo se traía hasta acá y cuando empezaba la fiesta prendíamos la chamiza y con ese fuego nos calentábamos y se amenizaba la noche. Esa era nuestra costumbre y todo se hacía con la banda.

Ahora, las autoridades restringieron la chamiza porque ya no hay dónde hacerlo, solíamos hacerlo en la plaza, pero ahora ya no se puede. Antes lo hacíamos porque esto era una cancha de fútbol de tierra y los muchachos salíamos el fin de semana a jugar los partidos, las planchas, los trompos; más allá, en otro lugar cerca, jugaban la pelota nacional; pero en alguna directiva adoquinaron, hicieron el edificio de la casa comunal y todo se acabó. Es decir, ya no se puede prender la chamiza ni hacer las fiestas como antes.

Estas fiestas de las que hemos hablado tenían un

objetivo, no era sólo bailar, sino construir y luego mejorar la iglesia. Se trajeron las piedras de los ríos, e inclusive de Papallacta las traían. Sobre todo en las fiestas de San Juan, se llamaba la atención a los priostes del aporte que iban a dejar ese año al barrio, entonces pintaban paredes, mejoraban la iglesia, entre otras acciones de colaboración.

Iglesia de San Juan de Calderón



Fundación Quito Eterno. Novena en la iglesia de San Juan de Calderón, 2022.

El elemento sagrado para San Juan de Calderón

Pero la ritualidad no solamente está presente en la fiesta popular, sino en otro elemento esencial para la vida: el agua. Habiendo sido desde siempre una zona seca, había

una consideración especial del agua como sagrada por lo escasa que era. Era muy valorada y se optimizaba el uso de toda el agua que había. Si había agua de lluvia, ésta se recogía, porque si no, el pueblo tenía que hacer grandes sacrificios para traer agua. Cotidianamente había que bajar a Pomasqui, al río Villorita, para proveerse de agua para las necesidades más básicas, como cocinar y asearse. Hacia allá bajaban las personas de Marianitas, Bellavista y San Juan.

Cuando llovía también se aprovechaba para recolectar agua de las tejas, haciendo las canaletas en las casas con chaguarquero o con las hojas de cabuya para recoger en pundos. Hasta 1970, aproximadamente, había que bajar a ver el agua en el río Villorita ya que en esos años llegaron los tanqueros. Aquí no solamente faltaba el agua, sino también la luz:

“Tenía 35 años y rogaba a que venga a dejar el agua, lloraba duro yo. Yo vivía en Quito, mi señora estaba aquí con mis hijos, pero falleció mi señora y me tocó venir acá a vivir con mis hijos. No había ni luz ni agua. Cómo sufría yo, yo sí lloraba, lloraba duro. Madrugado para ir al trabajo, corre a rogar a los tanqueros que vengan a dejar el agua” (Gudloto, 2022).

“Ir a la quebrada para traer agua tomaba todo el día: mi mamá se iba, salía a las cinco de la mañana y regresaba a las seis de la tarde. Una sola jornada se iba mi mamá. Un burro llevaba dos barriles para traer el agua sólo para la comida, porque no había agua ni para bañarnos; y el otro burro llevaba los costales de ropa porque éramos ocho hermanos. Llevaba la ropa, mamá venía de noche porque todo el día se quedaba a lavar y venía ya oscureciendo con el barril de agua y la ropa mojada para secar en la casa. (...) No bajábamos a bañarnos allá porque el río era bien crecido, si se descuidaba se iban los

guaguas ahí (en la corriente del río). Yo era la mayor y me quedaba cuidando a mis hermanos hasta que mi mamá venga. Iba mamá pasando un día a llevar el agua para la comida” (Carvajal, 2022).

El agua fue y es un tema complejo para nosotros, que desde siempre nos hemos dedicado a la agricultura, pero cuando faltaba el agua organizábamos rogativas para pedir la lluvia para los sembríos:

“Aquí nunca hubo riego. Aquí se hacían rogativas. Cuando no llovía, salíamos en procesión con el santo San Pedro, el santito San Juan y el Señor del Árbol. Íbamos de Bellavista a San Juan. Cuando era pequeñito recuerdo que le sacaron a San Pedro de Tajamar, que le tenían fe. Ahí salían tres: San Pedro, San Isidro Labrador y la Virgen de la Merced, y a veces llovía. Ya cuando estábamos por Bellavista, caía un aguacerón. Es por la fe que tenemos todavía. Solo la hacienda de Tajamar tenía esos santitos y tenían su propia capilla. De verdad sí llovía. Las rogativas se hacían de acuerdo al tiempo cuando no llovía, tal vez tipo marzo. No se hacía todos los años, solo cuando no llovía” (Shugulí, E., 2022).

Pensarnos a futuro

El agua se resolvió, la luz y el alcantarillado también, pero otros problemas llegaron pues hacia el año 90 empezó la arremetida de la urbe, que entró de manera violenta y que terminó por absorbernos. Antes, por aquí era más bonito, hoy ya nadie se conoce. Las familias nativas aún estamos aquí, sobrevivimos, y nos resistimos a desaparecer, y parte de eso lo hacemos manteniendo las fiestas. Aunque hoy en día las políticas han establecido regulaciones e impiden que hagamos nuestras fiestas de manera libre, aun así nos mantenemos.

Pero también necesitamos pensarnos a futuro, tejiendo una propuesta intercultural para fortalecer nuestra memoria y la identidad de nuestro barrio. Retomar la importancia del maíz y el agua como elemento sagrado. Recordar nuestra historia de cuando estábamos completamente apartados del centro de Quito y luchábamos por lo que necesitábamos. La memoria y la interculturalidad deben permitirnos saber con quiénes convivimos; y a quienes llegan, enterarse de quiénes construyeron este barrio y que dieron la posibilidad de que hoy puedan llegar nuevas familias a vivir aquí. El barrio ha sido construido por estas personas nativas, y la urbanidad ha hecho que perdamos historias y memoria del barrio.

Aquí viene gente de todo el país, y necesitamos articularnos y conocernos. No queremos estar separados, por eso consideramos la cultura para tejer cosas y es importante para resolver temas de violencia. Donde hay cultura, las problemáticas sociales merman en cierto grado. Los jóvenes se encuentran, participan en arte y tienen otras cosas que hacer.

Queremos pensar a futuro, siendo la gente que hemos sido y que somos. Nos enorgullecemos de tener de todo gracias a nuestros dirigentes que han donado, gestionado y construido estadio, cementerio, subcentro de salud, iglesia, canchas de básquet, vóley y fútbol. La gente es colaboradora. Hay mucha gente que viene a vivir y el barrio les ofrece todo lo necesario. Aquí lo representativo somos nosotros, la gente. La gente viene de otros barrios para estar con nosotros, vienen a jugar vóley, a compartir, y es porque somos amables y acogedores. *“Si habla con nosotros dos minutos, ya quiere quedarse y vuelve al otro día”.*

Y finalmente, debemos pensarnos como un territorio autónomo. El primer paso es que Calderón se haga cantón, y luego llevar adelante la petición de ser parroquia. Los dirigentes de aquí deben unirse para hacerlo, y se podrá hacer porque nuestros dirigentes han sido buenos, han sido ad-honorem, como se dice, poniendo “plata, persona y tiempo”. Siempre hemos sido de lucha y queremos continuar siéndolo, pero cada vez uniéndonos más entre quienes estamos y con quienes vendrán.

Cronistas Participantes

Edgar Quisilema, Emilio Shugulí, María del Carmen Carvajal, Mauricio Ushiña, Roberto Velasteguí, Rolando Shugulí, Víctor Gualoto: Habitantes de San Juan de Calderón.

Referencias

- Avilés Pino, E. (n.d.). *Huasipungo - Historia del Ecuador*. Enciclopedia Del Ecuador. <https://www.encyclopediadelecuador.com/historia-del-ecuador/huasipungo/>
- Enzensberger, H. M. (2015, mayo 3). *Elena Enriquez Una Mujer Vigente*. Buenas Tareas. <https://www.buenastareas.com/en-sayos/Elena-Enriquez-Una-Mujer-Vigente/72390484.html>



- Guerrero, P. (n.d.). La Gestión urbana en la parroquia metropolitana Calderón del Distrito Metropolitano de Quito: consideraciones urbanas hacia un modelo de ciudad deseable. [Tesis de Maestría, Programa de Desarrollo Local y Territorial. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO-Sede Ecuador]. In *Repositorio DSpace*. <http://hdl.handle.net/10469/8450>
- Jácome, V. J. (2011, abril). Economía política e identidades en las comunas peri-urbanas de Quito [Maestría en Antropología, FLACSO Sede Ecuador]. Repositorio Digital FLACSO Ecuador. <http://hdl.handle.net/10469/5449>
- Jordán (compilador), F. (2003). Reforma Agraria en el Ecuador. In *Biblioteca Virtual CLACSO*. Biblioteca Virtual CLACSO. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Bolivia/cides-um-sa/20120904031218/13reforma.pdf>
- Secretaría de Cultura, Quito Turismo, y Administración Zonal Calderón. (2012). *Calderón, Cultura y sitios de interés*. Quito Turismo. <https://www.quito-turismo.gob.ec/descargas/guiacalderonweb.pdf>